

CAPITULO XV

Mientras todo esto sucedía en León, Walker estaba en Granada; pero es necesario narrar los antecedentes que le dieron éxito tan grande, para poder apreciar cuántos puntos calza el talento y el valor de este caudillo, que permaneció vencedor e inactivo desde el 2 de septiembre hasta el 13 de octubre. El triunfo en la Virgen alentó a los democráticos y les proporcionó no sólo los datos de sus espías, sino de otros, como los comunicados por el presidiario a quien el mayor Vega mandó de espía, y en vez de traer los datos de la situación de Walker, le dió a éste los de Granada, expresándole su opinión de la facilidad de tomarse la plaza por sorpresa, y le enseñó las señales de la cadena que se había quitado en prueba de que él quería perder a los legitimistas, que le habían hecho sufrir tanto trabajo y tanta afrenta.

El antillano Thomas Franco vivía en Granada, pero simpatizaba con los democráticos, como la antítesis de la aristocracia, que no ve bien a los de su raza. Con el corazón enconado por estos sentimientos, escribió a Walker una carta en la que le daba datos, contestes con los del espía que mandó el Mayor Vega, pagándole una propina y dándole la libertad. Franco lo invitó también a que viniera por agua a sorprender, garantizándole el éxito.

Para colmo, el Capitán Escoto había entregado a Walker la carta del Coronel Fernando Chamorro, que este jefe le escribía al General en Jefe que estaba con el ejército en Rivas, distante catorce leguas de Granada, y con un camino de fango y ríos, que en el mes de octubre hacía difícil hacer jornadas rápidas con el ejército; en cuya carta daba detalles de la evolución po-

lítica de Escoto y Estrada y del movimiento militar. Este fué el primer dato que había recibido, todos de fuente irreprochable, y Walker, aplicando al criterio de la guerra los principios del foro, con estos tres testimonios consideró plenamente probada la verdad, falló, dió el jaque y he lo allí en la plaza de Granada.

Ganada la partida, la apuesta no pertenecía ni a los democráticos ni los legitimistas. La política de Nicaragua valía para el filibustero Walker un ardite; él no jugaba en esta partida los intereses políticos de leoneses ni granadinos, sino los intereses comerciales de banqueros americanos, los cuales no interesaban al General Fruto Chamorro ni al Licenciado don Francisco Castellón, quienes iniciaron esta contienda. Tampoco Escoto y Estrada, que figuran como cabecillas el funesto 13 de octubre, no eran en el fondo ni podían ser factores de la negociación de Nacaome.

Morgan y Garrison eran millonarios que rivalizaban con otros de su índole y que, en sociedad con el Comodoro Vanderbilt, tenían el pingüe negocio del tránsito por nuestro istmo de los pasajeros de o para California, cuyas minas de oro atraían a los viajeros que ellos transportaban en los vapores que tenían en el Atlántico y el Pacífico; siendo éstos, por consiguiente, los verdaderos e importantes factores de ese negocio, de manera que el desastre abarcaba a todos los nicaragüenses, sin que los candorosos caudillos de los partidos de Nicaragua lo comprendiesen, sino hasta que el desenvolvimiento de los hechos vino, aunque tarde, a abrirles los ojos, porque la pasión, más lugareña que política, les cegaba.

El General Corral era masón, Walker no, y cuando venía en camino de Rivas a Masaya, éste recibió carta de Walker en que le proponía arreglo con la astucia de estampar en ella algunos signos masónicos, aunque él no lo era; no obstante, Corral supo excusarse de toda inteligencia, diciéndole, en contestación, que era al Gobierno a quien incumbía esta clase de tratados.

En Masaya instaló su Gabinete el Presidente Estrada con los Ministros Doctor Barberena y don N. del Castillo, quienes se habían escapado de Granada, acampando allí también el ejército con su General en Jefe.

En la plaza de Rivas había quedado como Gobernador Militar el Coronel Florencio Xatruch, y en Managua el Coronel Tomás Martínez, a los cuales, como al Coronel Chamorro, ascendió Estrada a Generales de Brigada, lo mismo que a Bonilla. También ascendió a Coroneles y a Tenientes Coroneles a los que a esa hora estuvieron en Masaya.

La presencia del ejército en esta ciudad, a tan corta distancia de Granada, le causaba zozobra a Walker porque, aunque la ciudad era rica y él contaba con elementos propios por su afortunada ocupación militar, no tenía la opinión del paisanaje; por el contrario, él participaba del odio lugareño a los leoneses que le acompañaban, lo que le proporcionaba la desventaja de vivir espionado por todos y por dondequiera, teniendo al corriente al General Corral hasta de los menores detalles. De todos los pueblos cercanos estaban llegando a engrosar sus filas, pudiendo de un momento a otro lanzarse sobre él y su escasa falange y ahogarle, muy particularmente si las cartas de Escoto, de que le hablaba el Coronel Chamorro a Corral y que él había interceptado, tenían verificativo. Todo ese era para Walker muy peligroso y le creaba una difícil situación en la plaza que había conquistado por sorpresa, la cual se iba disipando a proporción que el tiempo pasaba.

Este tiempo, sin embargo, no lo gastaba Walker en la inercia; sino, por el contrario, desde el mismo día 13 trató de organizarse en la parte política y social. Walker era hombre activo y tuvo la fortuna de encontrarse con personas instruidas y de talento, como eran el Licenciado Fermín Ferrer y don Carlos Thomas, conocedores de los asuntos domésticos de la alta sociedad de Granada, que le prestaron su valioso contingente.

Fué así como supo escoger por domicilio la casa de la señorita Irene Ohorán, persona entráda en años y de alguna ilustración, teniendo roce social con distinguidas personas del país y extranjeras.

Sus relaciones con la flor y nata de la ciudad, principalmente con los hombres de la alta política, hacían de la señorita Irene una entidad importante en la cosa pública, y como mujer de altas concepciones no vaciló en acoger como huésped dis-

tinguido al que, dueño de Granada, tenía en sus manos a todos los granadinos. Ferrer fué nombrado Prefecto.

Walker lanzó ese día una proclama en la cual colaboró Carlos Thomas en términos muy suaves y tranquilizadores, ofreciendo conservar el orden y garantizar la vida y propiedades, procurando armonizar los hechos con las palabras, devolviendo a sus dueños ciertos objetos robados por los soldados, y asumiendo el lenguaje enérgico del jefe para contener la exaltación de su segundo jefe Valle (a) *Chelón*, por causas de excitación alcohólica que le causaba el verse cojo a consecuencia de una bala legitimista que le había fracturado una pierna; este rasgo del carácter de mando del jefe filibustero en presencia de don Dionisio Chamorro trascendió a algunas personas del centro y satisfacía de algún modo la vanidad y odio de los granadinos a los leoneses, y de allí nació la frase favorita de la señorita Irene: «Nos vamos a curar con los mismos pelos», lo cual hizo eco en el resto del partido legitimista.

Esto hizo posible que la referida señorita Ohorán no fuese extraña a la propuesta de arreglo de que el General Corral fuese el Jefe del Poder Ejecutivo de Nicaragua y Walker el Comandante General de Armas, cuya misión por tierra fué encargada a don Gabriel Lacayo y don Rosario Vivas, la cual fué desechada por el primer jefe del ejército legitimista que venía en marcha para Masaya.

Don Juan Ruiz, Ministro de la Guerra de Estrada, se había quedado en Granada, y fué nombrado por Walker para que con el Ministro americano Mr. Wheeler fuesen por agua a Rivas y desembarcasen en San Jorge para influir en el ánimo de Corral para que aceptase el arreglo. El anciano Ministro de la Guerra, avezado a los peligros de bochinches y revueltas desde la prisión del Jefe Cerda, aceptó, no obstante estar muy reciente los fusilamientos de Castrabal, Gómez, Peinado y el *Peruano*. Lo que él quería era salir de la ratonera.

En Rivas estaba mandando todavía el Coronel Xatruch y con él era fácil arreglar su fuga a Costa Rica. El conocía como la palma de sus manos ese itinerario que en muchas ocasiones semejantes había recorrido: ésta era la sexta vez.

Una prisión desorientaría a los familiares de las víctimas recientemente inmoladas por él y entrarían en confianza; y Xatruch decretó el seudosequestro del comisionado, y al tercer día estaba el vetusto fugitivo fuera de peligro en «La Otra Banda».

Mientras tanto tenían lugar estos hechos, por el lado de León se verificaban otros no menos importantes: El General Sarria salió de aquella ciudad con una fuerza respetable y atacó la plaza de Managua, defendida a la sazón por el ya General Martínez, y fué derrotado. El General Sarria recogió los laureles del General Muñoz, que le otorgara el triunfo de éste en El Sauce, en su batalla con el General Guardiola; había heredado la victoria de Muñoz, pero no el talento, valor e instrucción militar de aquel ilustre Jefe. Sarria tenía gran propiedad pecuniaria, era rico; pero una vez más se vino a demostrar en la acción de Managua que no siempre la riqueza da la celebridad, que sólo se obtiene con el genio de la carrera militar; es, pues, preciso consignar en este relato histórico que Sarria fué uno de los que escribieron al Presidente Estrada palabras de paz, hacía poco tiempo, a las cuales se había contestado con las balas atacando los legitimistas la plaza de Pueblo Nuevo, que cayó en su poder después de algunas horas de combate.

No es remoto que Walker, receloso y desconfiado de sus aliados y de la situación desfavorable de Granada, como queda dicho, y en vista de que sus misiones parlamentarias con Corral se habían frustrado, procurara a todo trance una pronta solución infundiendo el terror a los granadinos. Tomó de lo más conspicuo de entre los prisioneros al señor Ministro de Relaciones de la Administración legitimista, al ilustrado e inteligente joven leonés Licenciado Mateo Mayorga, a quien fusiló Walker, mandando inmediatamente a Mr. Pedro Rouhaud y a don Fermín Arana a Masaya a *imponer la capitulación*, amenazando con fusilar a los demás prisioneros como a don Dionisio Chamorro, don José Argüello Arce y otros hombres importantes, si no llegaba ese día la comisión correspondiente para ajustar las bases en que debían rendirse.

El todavía Coronel Fernando Chamorro, a su regreso de Pueblo Nuevo con el ejército vencedor y en virtud de licencia

concedida por el primer Jefe General Hernández, pasó a Masaya para informarse de la salud de su familia, haciendo lo mismo el autor de la presente historia.

Sin saber el día de la intimación, me dirigí a casa de Sinforoso Zúñiga, propiedad hoy de la viuda de Jacoby, en donde despachaba el Presidente Estrada y su Gabinete; salióme al encuentro Isidro Vega (a) *Cucurucho*, amigo mío, y me dijo: «¿Ya sabes la de *cal*, triunfamos en Managua; sabe ahora la de *arena*, Walker fusiló a Mateito Mayorga».

Como heridos por un rayo, Estrada y sus Ministros, con don Pedro Joaquín y don Fernando Chamorro, aturdidos, estaban en la sala esperando que se acabasen de reunir los demás para resolver el partido que debían tomar ante las imposiciones del filibustero Walker. No quisimos separarnos de aquel sitio hasta que se reuniesen todos y pasamos a los corredores interiores de la casa con Isidro, Pío Bolaños y otros amigos.

Los comisionados Arana y Rouhaud explicaron la sangre fría con que aquel bandido yankee había procedido en la ejecución de Mayorguita y la feroz determinación en que estaba de fusilar a don Dionisio Chamorro y los demás prisioneros políticos, si no volvían ellos con la contestación; por consiguiente, aquella reunión presentaba un cuadro sombrío y desgarrador.

Los concurrentes se iban juntando en grupitos de dos o tres, se hablaban entre sí, se levantaban y se volvían a sentar. Estrada, sus Ministros y el General Corral estaban hablando en voz baja sin dejar sus asientos.

Largo tiempo duraron en deliberaciones parciales y en común hasta las tres de la tarde, hora en que se pusieron a escribir las instrucciones que debía llevar el General Corral, designado por el Gabinete para ir a Granada a hacer la capitulación con Walker.

El General Corral no iba al campamento enemigo, situado en Granada, a hacer un tratado con una facción del país, que rechazaron con altivez, por considerarlo «indigno», los mismos hombres que ahora daban su firma autorizando al primer Jefe de aquel ejército tantas veces vencedor en gloriosas lides con los democráticos para que firmase la oprobiosa capitulación

con el asesino Ministro del Gobierno y aquel funesto aventurero que se llamó William Walker.

Los humanitarios sentimientos que en lo privado alimentaba el noble corazón de Corral le hacían tener fe en los principios filantrópicos de la masonería, y engañado con la falsa creencia de que Walker era masón, iba confiado en tratar con un hermano y de consiguiente obtener alguna consideración fraternal en el arreglo de la capitulación. He aquí las bases en que se verificó aquel célebre tratado:

«Los Generales William Walker y Ponciano Corral, animados de los más sinceros sentimientos de hacer cesar la guerra que por algún tiempo ha devastado a Nicaragua, y en el deseo de poner término a tan grave situación, el primero, en virtud de instrucciones que tiene (no expresa de quién) y el segundo, autorizado omnímodamente por el Gobierno que presidía en esta ciudad, han convenido, después de maduras deliberaciones, en el tratado siguiente:

1º De hoy en adelante quedan suspensas las hostilidades; habrá paz y amistad entre las fuerzas beligerantes de uno y otro ejército.

2º Se nombra Presidente Provisorio de la República de Nicaragua al señor don Patricio Rivas por el término de catorce meses, salvo que el nombrado, en Consejo pleno de Ministros, resuelva convocar al pueblo a elecciones antes de este término, para su renovación.

3º Los Ministros serán nombrados por el Presidente, siendo éstos elegidos de entre los Departamentos de que se compone la República; debiendo ser cuatro los nombrados: el de Guerra, el de Relaciones Interiores y Exteriores, el de Hacienda y el de Crédito Público.

4º El Gobierno Provisorio respetará y hará respetar los artículos 2º, 3º y 4º y las secciones 2ª y 3ª de las disposiciones generales de la Constitución de 1838.

5º Habrá un olvido general de todo lo sucedido hasta hoy por opiniones y faltas políticas y ninguno será molestado ni inquietado por tales causas.

6º Los contratantes y el Gobierno Provisorio quedan obligados a reconocer las deudas contraídas por ambos beligeran-

tes, ya sean por préstamos, exacciones o cualquiera otra causa.

7º El Gobierno reconocerá también los grados y destinos militares que hayan obtenido los que prestaron sus servicios a los beligerantes.

8º Quedan en libertad para separarse de la República o de cualquiera de las poblaciones aquellos Jefes, oficiales y ciudadanos que quieran salir con garantía y seguridad de su persona y propiedades.

9º La legión americana podrá quedarse al servicio de la República, siempre que manifieste deseos de naturalizarse, y en este caso, se les dará por el Gobierno a cada uno la porción de tierra que se les tiene prometida. Las armas que portan, como sean particulares, serán devueltas a sus dueños.

10º Se dará orden por el señor General Walker a las fuerzas que sitian a Managua que se reconcentren en León, reduciéndolas a ciento cincuenta hombres. Cuando esta orden se haya cumplido, el General Corral mandará reducir las fuerzas de Managua al preciso número de cien hombres al mando del General Martínez, y las de Masaya, al número de cincuenta hombres, al mando del señor Coronel don Lino César y otro Jefe honrado.

11º Las fuerzas de Rivas permanecerán al mando del señor General don Florencio Xatruch; y el Gobierno Provisorio dispondrá el número que en aquel Departamento deba hacer el servicio y el Jefe que deba mandarlas.

12º Los Gobiernos que han existido en Nicaragua durante la guerra, cesarán, en el acto que cada uno de los Generales le notifique este tratado; y cualquiera de ellos que quiera continuar ejerciendo el Poder Ejecutivo, será reputado como perturbador de la paz.

En fe de lo cual firmamos dos ejemplares de un tenor, y nos comprometemos a cumplir y hacer cumplir lo estipulado en el presente contrato.—Hecho en la ciudad de Granada.—Octubre 23 de 1855.—(f) William Walker.—(f) General en Jefe de las fuerzas de la República, Ponciano Corral.»

A este tratado se añadieron tres artículos más, sobre asuntos accesorios; lo único sustancial y de trascendencia fué lo que se refería a la obligación que se le impuso al Gobierno

nuevo que creó dicho tratado de emitir un decreto nombrando a Walker General en Jefe del Ejército de la República, algo así como el Comandante General de antaño, que el vice-Jefe Núñez hizo al Pavo, uno de los asesinos del Jefe Zepeda, que nos hiciese retrogradar a los tiempos aquellos de Casto Fonseca, en el que el Jefe de las armas compartía el poder y a veces mandaba más que el Jefe Supremo del Estado. No podía esperarse otra cosa del que acababa de sacrificar al Ministro de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores, Licenciado don Mateo Mayorga.

Al siguiente día de concluída la misión del General en Jefe del Ejército legitimista, volvió a dar cuenta con el tratado, que el Diputado Presidente estudió en su Gabinete y el concurso de los hombres notables de Granada, que habían podido salir y que estaban en Masaya; todos tenían que pasar por las horcas caudinas, y Estrada y sus Ministros, mal de su grado, aprobaron lo que su Representante, con facultades omnímodas, había hecho en nombre del Gobierno, su comitente.

El sagaz filibustero aparentaba espíritu de orden, y aun de religioso; las palabras consignadas en los artículos adicionales de ir él, Corral, y don Patricio, *unidos*, al templo a dar gracias al señor de los ejércitos, envolvían el tósigo del mendaz, creyente, para hacerles tragar la Comandancia General del Ejército, que le otorgaba la preponderancia de la fuerza, y con este poder llevar a cabo sus aviesas miras de esclavizar a Nicaragua, encubiertas con el seductor ropaje de la religión, que sintetiza el respeto a la propiedad, a la vida y a la libertad del hombre, y que después conculcó de manera atroz.

En León se creyó que las ideas democráticas del programa de Jerez en Chinandega habían triunfado con sólo la toma de Granada por las tropas leonesas y americanas, y batieron palmas a Walker; se aprobó también el funesto tratado con el hecho de autorizar por un decreto omnímodamente *al General en Jefe Mr. William Walker* para que *ratificase y ejecutase el tratado* que había ajustado con el General Corral y le pidieron un salvoconducto para el General Jerez, el Licenciado Selva, el Padre Orozco, el Ministro de Relaciones Exteriores y otros cua-

tro más, para pasar a Granada a felicitarlo por el triunfo de la *¡Justa causa de los principios democráticos!*

Ciento cincuenta soldados legitimistas, al mando del General Fernando Chamorro y de su segundo Jefe José Bonilla que habían quedado de alta, ocuparon San Francisco, extenso edificio y con condiciones de una fortaleza militar, situado en una posición estratégica, dominante, comunicado por una puerta en el muro de retaguardia con los barrios de Santa Lucía y Guadalupe, habitados por legitimistas valientes, entusiastas y aguerridos. Bonilla era originario de Chinandega y muy prestigiado por sus hazañas en las lides, defendiendo la causa; de carácter suave y comunicativo, y como occidental se relacionaba bien con los Jefes de Occidente.

El General José María Valle (a) *Chelón*, segundo Jefe del ejército de Walker, era también de genio popular y tratable, y pronto estos dos Jefes estrecharon relaciones, trataron en intimidad acerca de la situación política y ambos la creyeron muy difícil, calificaron a Walker por sus últimos hechos como un hombre funesto y peligroso para ambos partidos, resolviendo por último eliminarlo de la escena, para lo cual convinieron en que el día que cualquiera de los dos fuese nombrado Jefe de día, se apoderarían del filibustero Walker, apoyándose mutuamente con sus respectivos cuarteles.

El General Valle fué nombrado Jefe de día; era llegada la ocasión e incontinenti dió aviso a Bonilla para que estuviera lista, y avinieron en que Bonilla se pusiera en autos a fin de que no extrañase al primer Jefe, y no llegase a San Francisco a interrumpir la operación; y el primer Jefe, que lo era el General Fernando Chamorro, trató de disuadirlo con maneras, diciéndole: «Que no era necesario el paso; que no había que precipitarse, porque Walker era un hombre culto, que prefería entenderse con la gente decente; que ya casi estaba con los legitimistas, y que pronto daría de mano a los democráticos y pondría la situación en manos de los hombres de bien».

Pocos minutos después de esto, el clarín tocó orden en el despacho de Walker, y los ayudantes de los cuerpos estaban copiando la nueva, que variaba el Jefe de día, Valle, con el Coronel Cerda, legitimista recalcitrante, el mismo que en Ma-

saya abusó gravemente de ese puesto, mandando fusilar a Guevara, su enemigo personal. Así quedó frustrado el plan salvador de la tiránica dominación extranjera. No hay cosa que ciegue tanto como la pasión política, principalmente en las borrascosas circunstancias de la guerra civil.

No tardó don Fernando en abrir los ojos a la triste realidad. Al día siguiente del episodio Valle-Bonilla, entró en Granada Jerez con Selva y seis leoneses más, los cuales fueron llamados para deliberar acerca de la organización del gabinete de don Patricio, que ya había inaugurado su Gobierno: fué compuesto de Jerez y otros democráticos, siendo legitimista sólo el General Corral, designado para Ministro de la Guerra. Entonces fueron despertados de sus sueños de rosa los granadinos y vieron disipadas como el humo sus nacaradas ilusiones.

No les había bastado, para sentir la negra decepción, el haber oído las referencias de las terroríficas escenas, del cuadro espantoso del 13 de octubre, con el ruido de las cadenas de más de cien hombres que salieron de los claustros de San Francisco, en donde los tenían como presidiarios por democráticos, y que ese día infausto para Granada lo era fausto para ellos, que vieron lucir el astro de su libertad y terminados los acerbos sufrimientos de los oprobiosos trabajos públicos a que los sometían, y que ese día quisieron lucir sus cadenas por los empedrados y aceras de las casas como aureolas de su martirio, paseándolas por las calles de la ciudad, arrastrando el invicto pendón sobre los empedrados para amedrentar más, si cupiera, a sus verdugos. Bien comprende este espectáculo el lector, si toma en cuenta que entre las víctimas del tormento de las cadenas se cuentan hombres importantes como el Licenciado Tigerino, don Cleto Mayorga, Cantón, Chávez y otros de esta clase.

¿Cómo estarían de levantados y contentos los ex presidiarios, al ver de primer Ministro al doctor Jerez, el caudillo principal de la democracia? ¿Y cuánta no sería la indignación de los legitimistas al ver de esta manera humillada su causa? El golpe fué rudo, y se vió tambalear la razón de varios de sus hombres. ¿Qué se hizo la pueril confianza del General Fernando

Chamorro en la cultura de Walker, que la víspera le había manifestado a Bonilla? ¿Qué dirá de su esperanza de que Walker les iba a poner en las manos la situación, ahora que vió a Jerez en el gabinete?

Los sinceros sentimientos de hacer cesar la guerra que ha destrozado a Nicaragua, expresados por Corral en la parte positiva del tratado de 23 de octubre, se cambiaron a los ocho días completamente, y desatinado, escribe las cartas de 1 de noviembre para el General Martínez, que estaba en Managua, con tropa, cien hombres de guarnición, y a los Generales Pedro Xatruch y Santos Guardiola, encargando a Martínez que mandara a Honduras las dos últimas. En todas las excitaba a moverse para salvar el país, que estaba perdido, etc.

Muy concisas, pero muy peligrosas, fueron aquellas cartas; en ellas se jugaba la vida del que las escribió; no hay duda, el General Corral recibió un golpe en el cerebro, que excitó el gran simpático, para escribir cartas tan comprometedoras, las que llegaron bien hasta Managua; pero las confió el General Martínez a un soldado segoviano que tenía de alta en su tropa, y que se le presentó halagado por la baja y la buena propina ofrecida para que las llevara a sus destinatarios en Honduras, y éste no se fué para aquel Estado, sino para Granada a entregárselas a Walker.

Este soldado que ocupó Martínez para que condujese las cartas a Guardiola y Xatruch, era un democrático, sufriendo por tal causa muchas vejaciones de la tropa legitimista; se dijo entonces que éste, sospechando que dichas cartas eran de interés y contra su partido, manifestó a un personaje caracterizado de Managua, de esos fanáticos políticos, que era también democrático, todo lo que sucedía respecto de aquel paquete que le confiara Martínez. En casa del referido democrático abrieron el paquete y se informaron de su contenido, marchándose después a Granada a ponerlo en manos de Walker. Esto sucedió el 2 de noviembre.

¿Qué fatalidades pesaban sobre el partido?

No habían transcurrido cuarenta días desde que a Fulgencio Vega le había sucedido cosa semejante con otro democrático a quien mandó de espía a los campamentos de Walker en el istmo

para que trajese detalles de la situación del enemigo, yendo en cambio este soldado a poner al filibustero en conocimiento del estado en que se encontraba Granada e invitándole a tomar por asalto aquella plaza como la cosa más fácil y segura; del mismo modo que Martínez confió en aquel soldado segoviano las cartas que cayeron en poder de Walker. Estos hechos le sirvieron: el primero, para la toma de la plaza de Granada el memorable 13 de octubre; y el segundo, para consumir el fusilamiento de Corral el 8 de noviembre, es decir, quince días después de haber firmado el célebre tratado de capitulación.

En menos de un mes se cuentan tres hechos de funestas consecuencias para Nicaragua: el 13 de octubre se derrumba un partido en la plaza de Granada; el 22, el vencedor pasa por las armas al ilustrado joven Mateo Mayorga, Ministro de Estado; y el 8 de noviembre de aquel mismo año, el General Corral es sentenciado a muerte y pasado por las armas, eclipsándose aquel talento militar.

Estos infortunados sucesos hacen pensar que en aquellos tiempos, como en los de peste, hay lo que llaman los Doctores y Profesores de Medicina la constitución médica, que lleva el contagio y la muerte; así también en tiempos de guerra civil, flota en la atmósfera el microbio político que, como el cólera asiático, hace estragos en los pueblos, ciudades y naciones, que se agitan bajo su funesto imperio.

Visto está que hombres tan honorables como los referidos no tenían la intención psicológica para con ojo perspicaz comprender con una mirada, por el aspecto facial del individuo, el carácter bueno o malo, el fondo moral de su alma que se transparenta en su fisonomía. Estas son dotes raras de seres privilegiados por la naturaleza y nadie es culpable de no poseerlas.

Objeto de amarga censura han sido estas desgraciadas acciones, para unos; y de elogios para otros, según la pasión política que los guiaba a escribir, ya en este o aquel sentido, llegando al extremo de pronunciar o escribir esta negra frase: «¡Traición! ¡Traición? ¡Hay cuervos que son cisnes y cisnes que son cuervos...!»

El drama sombrío del 8 de noviembre me trae a la memoria lo que el General Guardiola dijo a su ayudante, Enrique Soló-

zano, cuando ambos iban en marcha para Honduras, refiriéndose a Corral: «Me preocupa la suerte de este General; mucho le gusta la política, escribe mucho y la pluma puede hacerlo caer en un chasco». A esto llamo yo la intuición del porvenir de ciertos talentos especiales, así como puede llamarse candor al empleo u ocupación de enemigos o adversarios políticos en asuntos graves y de peligro para una causa, y de esto encontraremos varias acciones erróneas con propósitos inocentes en el curso de estas narraciones.

Cesaron en sus funciones de Gobierno Escoto y Estrada, retirándose este último para Chontales.

Don Patricio Rivas asumió el Poder, el que siguió ejerciendo como Gobierno *de facto*.

El Derecho de gentes consagra como un principio salvador de las sociedades el respeto y obediencia a esta clase de Gobiernos, y si no se hubiera inmiscuído el elemento destructor de William Walker, que se proponía aniquilar no sólo el istmo establecido en Centroamérica y en toda la América Latina, sino que pretendía exterminar la raza, dejando tan sólo a aquellos que pudieran soportar la condición de esclavos para ocuparlos en la siembra del algodón y la caña de azúcar, el cambio en el personal del Gobierno no habría afectado en nada a las sociedades civiles y políticas, y aun habría sido innecesario el empleo de las armas para impedirlo.

Con el poder de las armas, hombres despiadados y aventureros como Walker y su falange, la revolución del 54 no hizo más que sufrir una transformación, transformación terrible que cambiaba los bellos ideales de alba libertad por los feos principios de la negra esclavitud, que la soberanía de orgullosos extranjeros querían imponer. No calumniamos, allí está la historia de Walker escrita por él mismo, en que así lo expresa franca y paladinamente; él y sus secuaces eran hombres de talento e ilustrados, no se les puede negar, y la clara exposición de sus propósitos demuestra que obraban por convicción arraigada de su superioridad para los negocios, y dominar con la fuerza bruta estas regiones, matando a los nativos para apoderarse del país invocando una falaz filantropía para regenerar

estas sociedades. ;Regenerar! La regeneración y el exterminio son dos ideas opuestas: la primera requiere sagacidad, comedimiento, suavidad para atraer y transformar al hombre rudo en hombre civilizado, y la violencia del orgullo y la soberbia no regeneran; matan.